

<https://dx.doi.org/10.11600/ricsnj.20.3.Eo2>

«La reciudadanización de las juventudes latinoamericanas: un buen reto para los juvenólogos». Una conversación con Maritza Urteaga

Maritza Urteaga¹ entrevistada por Carles Feixa²



¹ Profesora de Antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (Enah), México. Correo electrónico: maritzaurteaga@hotmail.com

² Profesor de Antropología Social en la Universitat Pompeu Fabra (UPF), Barcelona (Cataluña-España). Correo electrónico: carles.feixa@upf.edu

Resumen

Maritza Urteaga Castro-Pozo (Lima, 1954) es profesora de antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México) y uno de los referentes latinoamericanos en la investigación sobre música rock, juventudes indígenas y creación cultural. El artículo se basa en dos largas conversaciones con Carles Feixa realizadas por medios digitales en enero de 2021. Empieza con los recuerdos de infancia y adolescencia en el Perú de los años sesenta, sigue con su formación académica y militancia política en los años setenta (en Perú, pero también en Rusia) y su traslado a México en 1986. La parte central describe minuciosamente su trayectoria como *juvenóloga*, desde su tesis de maestría sobre el rock y el punk hasta sus últimos estudios sobre los menores en el narcotráfico, pasado por sus investigaciones sobre los centros comerciales, las juventudes indígenas, los *trendsetters*, los creadores musicales independientes y el *juvenicidio* (que prefiere denominar *desciudadanización*). La conversación concluye con una evocación del encuentro que tuvo lugar en Ixtapan de la Sal en 1998, organizado por el Instituto Mexicano de la Juventud, en el que participaron algunos de los referentes en la investigación iberoamericana sobre juventud, que denominamos *Generación del 98*.

Palabras clave (Tesauro de Ciencias Sociales de la Unesco)

Juventud; música; etnicidad; Perú; México.

Palabras clave (autores)

Juvenología; movimientos juveniles; culturas juveniles; juvenicidio; desciudadanización.

«Recitizenizing Latin American youth: a good challenge for <youthologists>».
A conversation with Maritza Urteaga

Abstract

Maritza Urteaga Castro-Pozo (Lima, 1954) is a professor of anthropology at the National School of Anthropology and History (Mexico) and one of the Latin American references in research on rock music, indigenous youth and cultural creation. The article is based on two long conversations with Carles Feixa made by digital media in January 2021. It begins with the memories of childhood and adolescence in Peru in the 1960s, continues with his academic training and political militancy in the 1970s (in Peru, but also in Russia) and his move to Mexico in 1986. The central part describes in detail her career as a *juvenologist*, from her master's thesis on rock and punk to her latest studies on minors in drug trafficking, through her research on shopping malls, indigenous youth, *trendsetters*, independent music creators and *juvenile* (which she prefers to call

decitizenizing). The conversation concludes with an evocation of the meeting that took place in Ixtapan de la Sal in 1998, organized by the Mexican Youth Institute, in which some of the referents in Ibero-American research on youth, which we call *Generation of 98*, participated.

Keywords (Tesauro de Ciencias Sociales de la Unesco)

Youth; music; ethnicity; Peru; Mexico.

Keywords (autores)

Juvenology; youth movements; youth cultures; juvenicide; decitizenizing.

«Recitizenar a juventude latino-americana: um bom desafio para os juvenólogos». Uma conversa com Maritza Urteaga

Resumo

Maritza Urteaga Castro-Pozo (Lima, 1954) é uma professora de antropologia da Escola Nacional de Antropologia e História (México) e uma das referências latino-americanas na investigação sobre música rock, juventude indígena e criação cultural. O artigo baseia-se em duas longas conversas com Carles Feixa feita por meios digitais em janeiro de 2021. Começa com as memórias da infância e adolescência no Peru na década de 1960, continua com a sua formação académica e militância política na década de 1970 (no Peru, mas também na Rússia) e a sua mudança para o México em 1986. A parte central descreve em detalhe a sua carreira como *juvenóloga*, desde a sua tese de mestrado sobre rock e punk até aos seus mais recentes estudos sobre menores no tráfico de droga, através da sua investigação sobre centros comerciais, jovens indígenas, *trendsetters*, criadores de música independentes e *juvenicídio* (que prefere chamar de *decitizenizing*). A conversa termina com uma evocação do encontro que teve lugar no Ixtapan de la Sal em 1998, organizado pelo Instituto Da Juventude Mexicano, no qual participaram alguns dos referenciais da investigação ibero-americana sobre a juventude, a que chamamos *Geração de 98*.

Palavras-chave (Tesauro de Ciencias Sociales de la Unesco)

Juventude; música; etnia; Peru; México.

Palavras-chave (autores)

Juvenologia; movimentos juvenis; culturas juvenis; juvenicídio; decitizenar.

Introducción

Conocí a Maritza Urteaga durante un seminario sobre *Antropología de la juventud* que impartí en la Casa Chata del Ciesas, al poco de llegar a México, en abril de 1991, en el que también participaron Rossana Reguillo y otros incipientes investigadores e investigadoras sobre juventud. Poco después Maritza me acompañó al Chopo, el mercado cultural y musical que cada sábado reúne desde entonces a las *tribus urbanas* mexicanas, iniciando mi trabajo de campo sobre los chavos banda mexicanos. Además de complicidad intelectual, trabajamos amistad y desde entonces no hemos dejado de encontrarnos periódicamente, casi cada año, ya sea en la Ciudad de México, Tijuana, Barcelona, Lleida, Buenos Aires, Lima o Manizales. El último encuentro ha tenido lugar en junio de 2022, con motivo 9ª Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales celebrada en la Unam, incluyendo las presentaciones de nuestros libros más recientes³.

La presente entrevista se desarrolló virtualmente durante dos largas sesiones el 21 y 22 de enero de 2021, en plena pandemia del coronavirus. Ha sido transcrita por la revista y revisada por los coautores. La misma culmina un proyecto más ambicioso de entrevistas con juvenólogos-as iberoamericanos-as, algunas de las cuales se han publicado con anterioridad en esta misma revista. La conversación empieza con los recuerdos de infancia y adolescencia de Urteaga en el Perú de los años sesenta, sigue con la formación académica y militancia política en los años setenta (en Perú, pero también en Rusia) y su traslado a México en 1986. La parte central describe minuciosamente su trayectoria como *juvenóloga*, desde su tesis de maestría sobre el rock y el punk hasta sus últimos estudios sobre los menores en el narcotráfico, pasado por sus investigaciones sobre los centros comerciales, las juventudes indígenas, los *trendesetters*, los creadores musicales independientes y el *juvenicidio* (que prefiere denominar *desciudadanización*). La conversación concluye con una evocación del encuentro que tuvo lugar en Ixtapan de la Sal en 1998, organizado por el Instituto Mexicana de la Juventud, en el que participaron algunos de los referentes en la investigación iberoamericana sobre juventud, y que en un texto reciente —en proceso de publicación— hemos denominado *Generación del 98*⁴.

Niños y jóvenes tenían mundos propios

³ Benedicto, J., Urteaga M., & Rocca D. (eds.), *Young people in complex and unequal societies. Doing Youth Studies in Spain and Latin America*. Brill. Feixa, C. (2022). *Mierdas Punks. El Iti y su banda*. NED.

⁴ Feixa, C., & Urteaga, M. (2022, in press). ¿Cómo hacerse juvenólogo@? La generación del 98: relatos de vida. *Revista Iberoamericana*.

Carles Feixa: Estamos con Maritza Urteaga en una conversación, la última de un ciclo de diez entrevistas a un grupo de investigadoras e investigadores en juventud de América Latina, que esperamos sean al final un libro que podría llamarse *Cómo hacerse juvenólogo y no morir en el intento*. Esta entrevista, más que un monólogo, será una conversación conmigo, porque desde que nos conocimos hace ya unos cuantos años hemos de algún modo vivido trayectorias en paralelo. Si te parece bien, Maritza, voy a seguir libremente el guión que te envié hace un tiempo, pero puedes responderlo con total libertad. De entrada, te pediría que te presentaras, cuándo naciste, un poco quién eres.

Maritza Urteaga: Yo soy Maritza Urteaga Castro-Pozo, nací en el Perú hace sesenta y seis años, vengo de una familia de profesionales, un abogado y una pedagoga. Nací en la ciudad de Lima, capital del Perú. Vengo de una estirpe intelectual en el Perú por el lado de los Castro Pozo. Mi abuelo fue socialista, fue cofundador del Partido Socialista del Perú en 1930 junto con dos personajes más. Si bien en ese mismo momento se crea el Partido Comunista por José Carlos Mariátegui, mi abuelo fue socialista y tenía su propia visión del Perú y del mundo, era alguien que leía en los años 30 *El Capital* de Marx en una traducción española. La presencia intelectual y política de mi abuelo fue crucial en mi familia, donde se fomentó tanto a las mujeres como a los hombres el aprendizaje, la formación académica y el compromiso político. Venía de dos padres universitarios y de una madre que había hecho un doctorado en pedagogía en los Estados Unidos de Norteamérica, en plena Segunda Guerra Mundial, becada por una fundación de mujeres presbiterianas. Era normal en mi familia estar rodeados de libros, de conversaciones políticas siempre en contra del gobierno en turno, y de una atmósfera socialista, un tanto comunista, porque mi padre fue militante comunista.

Yo me crié con una madre emprendedora que hizo una escuela privada para clase media pujante y en una Lima que estaba llena de parques. Estudié desde preescolar hasta el instituto en una escuela de mujeres metodista - evangélica que rechacé, pero tuve que aguantarme. De todas maneras, tuve una formación en inglés y una serie de cosas que fueron importantes y que nos preparaban para ser mujeres trabajadoras. En esta también tuvimos profesores que fueron más progresistas y que de alguna manera nos planteaban debates sobre la realidad peruana muy interesantes que alimentaban mi politización. Mi infancia fue muy suave. Para mí era normal someter todo a discusión. Mis hermanas eran también bastante politizadas. El rollo estaba fuera, como que mis ideas socialistas eran un poco distintas de otras personas y las chicas no opinaban políticamente en esa época. Yo era consciente de ello, pues conversamos en casa al respecto. Creo que mis padres esperaban que fuéramos un poco distintas al resto, sobre todo mi madre que era muy emprendedora; no esperaba menos de nosotras, creo yo. Tuve una familia de seis hermanos: éramos cuatro mujeres y dos hombres, eso fue muy bueno; tener hermanos fue

excelente; hermanos mayores, menores, eso fue importante en mi socialización. Rescato el secretismo que existe entre los hermanos mayores y menores, la confiabilidad que puedes tener en el otro. Yo creo que eso lo aprendí en nuestras complicidades de hermanos: ocultar lo que está haciendo el otro. Eso me sirvió mucho cuando estudié a las/os jóvenes.

También tuve la suerte de que nuestra madre nos daba tres meses de vacaciones libres en un balneario, Pucusana, que era un pueblo de pescadores a unos 70 u 80 kilómetros de Lima. Íbamos allá todos los años y eran tres meses libres. Desde el 1 de enero hasta el 31 de marzo estábamos en la playa, libres de nuestros padres, porque ellos sí seguían trabajando y nos dejaban a cargo de otras personas en la casa. Eran tres meses solos con mis pares, cada uno de nosotros tenía sus *pandillas* (*patotas*) desde niños, y esas experiencias marcaron mucho mi vida. Mi experiencia me hacía tener la certeza cuando entré a estudiar a la juventud de que niños y jóvenes tenían mundos propios porque había sido muy importante esa experiencia en mi vida, tres meses de estar solamente con amigos y amigas de la misma edad o un poquito más grandes. Yo tenía la certeza que teníamos un pensamiento propio, que hacíamos muchas cosas y que las discutíamos y no me entraba la idea de que solamente éramos producto de lo que los adultos nos decían o nos enseñaban o que, en todo caso, los jóvenes solo realizaban transgresiones a las normas adultas. No podía entender ese planteamiento.

Carles Feixa: Muy buena introducción, yo conocí a dos de tus hermanos y me parece que es una muy buena observación eso de que la primera pandilla es la de los hermanos y hermanas. Naciste en el año...

Maritza Urteaga: Nací en 1954, en mayo 27.

Carles Feixa: Por lo tanto, estamos hablando de los años 60, cuando tu infancia.

Maritza Urteaga: Exacto, los 60. Mi juventud es en los años 70 del Perú, pero ya para entonces cambiaron fuertemente las cosas. Mi primera juventud la pasé en la escuela metodista para mujeres, con la que tuve grandes discrepancias, aunque debo reconocer que como escuela sí te ayudaba a desarrollar una serie de competencias y habilidades que te servían para trabajar y teníamos una formación religiosa mucho más reflexiva que la que tenían mis amigas católicas, el texto base durante todos esos años era *La Biblia*, a la que debatíamos de manera interesante. Pero, el control sobre las mujeres y sobre nuestra sexualidad, era terrible: si no eras virgen, eras puta, y cualquier conversación al respecto era tabú, o eran muy controladas, y te castigaban si te encontraban hablando de ello. Ese tipo de cosas me fastidiaron muchísimo y el estudiar solamente con mujeres; yo anhelaba ya salir y tener la experiencia de una escuela mixta. Cuando tuve quince años encontré una *pandilla* de gente progresista con la que nos fuimos a alfabetizar a una zona pobre de Lima y me di cuenta que yo vivía en una clase media privilegiada y una magnitud de

cosas en relación a la pobreza de la mayoría de los peruanos. Unas profesoras nos llevaron a tener una cuestión de trabajo social, educativo y religioso a través de un proyecto del Colegio con el Movimiento Estudiantil Cristiano y nos quedamos en eso, en alfabetización, y eso dio un giro en mí, y a pesar de que en mi casa se hablaba de eso, una cosa es cuando tú lo vivencias y otra es cuando está en el papel. Para mí fue abrir los ojos a la desigualdad y pobreza del país. Luego me fui a viajar por el Perú y vi y sentí lo que dicen los peruanos del país, que es un país que no da oportunidades, nadie está incluido, solamente unos cuantos somos los elegidos para pelear por estar. A la par de mi decepción, encontré en el Movimiento Estudiantil Cristiano (MEC) un espacio de esperanza y contención.

Me tocó estudiar materialismo dialéctico

A los dieciséis años me fui a la entonces Unión Soviética a estudiar en la Universidad Patricio Lumumba; decidí tomar ese camino porque quería salir lo más lejos de mi familia. Yo sentía la relación con mi madre muy tensa y era desesperante para mí, estaba detrás del control de mi sexualidad y me marché a estudiar sociología. Para mí la idea de estudiar en la universidad era que yo iba a ser libre totalmente, esta era mi expectativa, pero las cosas no fueron así. Cuando llegué a la entonces URSS, lo primero que me dijeron es que no había sociología en Rusia, y me ofrecieron ingresar a una «escuela de cuadros» del Partido Comunista. Me negué y al año yo ya no aguantaba más, no aguantaba muchas cosas que había visto de ese socialismo. Teníamos un 30 % de estudiantes rusos con nosotros y más que ser amigos eran como agentes secretos de lo que hacíamos; aparentemente teníamos libertad, pero no para hablar de lo que se saliera del esquema.

Regresé al Perú después de dos años e ingresé a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a la Facultad de Filosofía y Letras, en donde estaba el Departamento de Sociología. Me tocó estudiar materialismo dialéctico, materialismo histórico, economía política y *El Capital 1, El Capital 2, El Capital 3, El Capital 4* y así era el plan de estudios en esa época y a mí lo que me pasó fue muy extraño. Las primeras clases en San Marcos fueron sensacionales, las impartían profesores como Aníbal Quijano, César Germaná, Julio Cotler, Pablo Macera, Felipe y Gonzalo Portocarrero y otros, quienes tenían perspectivas heterodoxas del marxismo. Yo me entusiasmé mucho porque después de haber estado en Rusia pude ver otra perspectiva marxista latinoamericana sobre el mundo y sobre la construcción del Perú. San Marcos tenía eso, una cantidad de gente que luego fue parte de la perspectiva decolonialista, aunque en ese entonces me abrieron los horizontes de la *teoría de la dependencia* latinoamericana, haciéndonos leer y debatir con

Raúl Prebisch, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, Fernando Henrique Cardoso, Vania Bambirra, Gunder Frank, Enzo Faletto, Celso Furtado, Samir Amín y otros. Todo lo que llegaba de Brasil, de Argentina, Chile, lo discutíamos profusamente. Tuve esa suerte, pero había un problema, mis colegas universitarios pertenecían a corrientes mucho más ortodoxas, ellos querían que les enseñaran *Marxismo 1, 2 y 3*, pero los docentes trabajaban las teorías dependencistas latinoamericanas en torno a la construcción de América Latina, el peor enemigo eran los propios estudiantes.

Había estudiantes *antifascistas*, porque consideraban que el gobierno era fascista. Estábamos bajo una dictadura militar, una dictadura que se decía revolucionaria y que estaba llevando a cabo una reforma agraria, la nacionalización del petróleo y de una serie de empresas que eran como básicas en ese momento en el Perú y traían un discurso latinoamericanista o tercermundista. Había una atmósfera que es importante destacar porque cuando tu juventud está hecha en un clima de esperanza, de expectativa, de discusión, es otra cosa. Podíamos hablar, salir a protestar, la policía se portaba bien, éramos estudiantes y respetados en esa época, pero todo eso fue cambiando. A ese gobierno militar le dieron otro golpe de estado militares conservadores, hubo una reacción conservadora fuerte dentro de los militares y las cosas se pusieron en la Universidad mucho más violentas. He vivido una universidad en donde los golpes y el incendio de ciertas Facultades eran cosa normal, siempre con miedo. No puedo decir que hice una vida universitaria, me fui de la universidad estando en la universidad; pronto me di cuenta que estaba perdiendo mi tiempo en la universidad, que la vida estaba en la calle y que las cosas que me interesaban no estaban ahí. Me vinculé a profesores heterodoxos agregados alrededor de la Revista *Sociedad y Política*, la cual estaba convirtiéndose en una suerte de grupo político. No solo discutíamos bajo nuevos enfoques la coyuntura peruana, conocí a otros chavos de otras universidades públicas, como la Universidad Agraria del Perú, la Universidad de Ingeniería, que buscaban lo mismo que yo, que estaban pensando en el Perú desde una perspectiva marxista heterodoxa.

No sabíamos cómo nombrarla, pero desde allí empezamos a leer «otro» *Capital*, de otra manera. Eran las visiones de Poulantzas, pero también de los *Grundrisse*, que acaba de publicarse; a Lenin en su época más democrática, a Rosa Luxemburgo. No veíamos a un sujeto, hablábamos de masas que podrían llegar a transformar el mundo, a transformar la situación y hacer la vida mucho más equitativa para la gente. El grupo de la revista *Sociedad y Política* se fue convirtiendo en una suerte de partidillo y empezamos a tener contacto con los sindicatos, sobre todo en lo que eran las industrias *secundarias*, pero también con la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos y con las organizaciones que se formaban alrededor de la ciudad de Lima para tener mejores servicios; así conocí a mucha gente. Estudiaba y hacíamos cosas en las células de estudio

y trabajaba militantemente en términos sindicales. Era pura intensidad y mucha adrenalina la forma en que vivía. Esa fue mi formación, cuando me preguntas por mi formación académica te puedo decir que yo no estudié todo eso en la universidad, aunque sí lo estudié con profesores e investigadores de la universidad con formación marxista heterodoxa y latinoamericanista que reivindicaban una construcción de América Latina desde la sociología. Leía a Gino Germani y cosas que no eran afines al marxismo, pero que eran de sociología latinoamericana y había un cierto orgullo, una cierta cuestión que no era nacionalista, era una distinción por este asunto de que los países y las regiones eran distintas y que habíamos tenido procesos coloniales distintos a los europeos. Eso fue lo básico que yo aprendí, que cada contexto se conformaba por como los sujetos hacíamos y accionábamos, tanto la teoría como la práctica.

Nos acabaron matando los senderistas

Al cabo de un tiempo mi grupo más cercano se radicalizó y nos salimos de *Sociedad y Política* para formar un grupo que se llamó *Insurgencia Socialista*, nunca dijimos que éramos comunistas, por ejemplo, sino insurgentes, divergentes, palabras que ya tenían sentido para mí. Nos volvimos más luxemburguistas, estábamos en el accionar de las masas, en los sindicatos, en la aplicación de la huelga general. Ahora veo que era una locura, porque la dictadura sí se había convertido en dictadura represiva. Tuve la fortuna y la desgracia que llegaran muchos exiliados argentinos y chilenos a Perú mientras esperaban visas para México o Europa. Pasaron por San Marcos algunos pensadores muy interesantes que dieron clases y yo me apuntaba en esos cursos y confirmaba lo que estaba viendo en la calle. Tuve un profesor durante varios semestres y solo éramos tres los que estudiamos *El Capital* con él. Ese cuate se llama Alejandro Dabat y terminó en México, en la Unam. Exiliados como él nos enseñaban a pensar, no a repetir. Uno como estudiante tenía la obligación de llevar esto a la práctica, operacionalizarlo, construir otro pensamiento y pasarlo nuevamente arriba. Yo no conozco otro tipo de militancia, puedo decir que pertenezco a esa parte de la generación militante. Me siento muy orgullosa de ello, aunque nos terminaron matando los senderistas. Voy a ser muy clara en ese sentido, no fue la dictadura ni los gobiernos que siguieron lo que mató a la generación más pensante, los senderistas mataron a la gente de izquierda que fue formándose por la generación de los 70 para hacer el relevo en las estructuras partidarias, esta generación de izquierda de los 80 de extracción obrera y popular, fue aniquilada por los senderistas.

Carles Feixa: Érais los rivales de Sendero Luminoso en ese momento.

Maritza Urteaga: En ese momento, en los 80, éramos los rivales, porque llevábamos a la gente a pensar, a actuar de otra manera que no fuera matar al prójimo. Para los

senderistas, el enemigo principal fueron *los revisionistas* dentro de las estructuras de masas organizativas que se habían constituido desde los 70 en adelante, ahí Sendero usó la estrategia del copamiento de las estructuras sindicales, o sea, sacar —matando o desprestigiando— a los dirigentes que podían dar otras alternativas no violentas a las situaciones. Esa fue una estrategia de aniquilamiento que borró a la generación de relevo de la izquierda de los 70. Con la crisis generalizada en el Perú de los años 80, la inflación se desbordó, fue una situación desgarradora para la sociedad, y el perfil social de esta cambió totalmente a partir de ello. Fueron años de miseria, la clase media en que yo me crié desapareció del mapa; puedo decirlo ahora, que las clases medias en el Perú son aquellas que se formaron a partir de la restauración neoliberal de los 90 en adelante, y son diferentes, no tienen la tradición de politización hacia la izquierda o el centro.

Carles Feixa: Volviendo un poco atrás, me hablabas de un grupo cristiano del que formaste parte, ¿solo fue durante la militarización o fue como una experiencia formativa que se da también en otros juvenólogos, como el mismo García Canclini?

Maritza Urteaga: Fueron varios años. Yo entré en el Movimiento Estudiantil Cristiano, a los quince años. Era un grupo ecuménico. Entré a través de los profesores del colegio donde estaba. La gente era católica, cristiana, metodista, era un montón de cristianismos, era la Teología de la Liberación, teníamos retiros; a mí siempre me enseñaron a pensar por mí misma; yo creo que eso fue lo que me marcó para poder sobrevivir a mi experiencia en la Universidad Patricio Lumumba, a la de la Universidad San Marcos, a los grupos en los cuales milité. De Moscú salí porque no me permitían debatir, no había manera de pensar y expresarse en la URSS de los años 70. Sin embargo, ahí conocí a otros jóvenes de Honduras, El Salvador, estudiábamos con gente de la India, del África y con esos jóvenes podíamos hablar cosas increíbles; con los profesores tocaba repetir sus clases para poder pasar la materia, pero entre nosotros era otro rollo y nunca dudé que los jóvenes pudieran hacer sus mundos y tener una perspectiva de transformación. El Movimiento Estudiantil Cristiano fue muy importante para la generación de los años 70 en el Perú, para mí fue caldo básico de estudio; sus retiros eran del pensamiento de la Teología de la Liberación, yo lo entendí después, cuando milité en la izquierda y encontré que el marxismo que aprendí en el MEC tenía un fuerte sesgo hacia el amor al prójimo, no se hacía hincapié en constituir al proletariado como sujeto redentor de la sociedad y esa perspectiva la aprendí entre los catorce y los dieciséis años.

Me gustaba el rock desde muy chica

Carles Feixa: Más allá de la militancia, tu juventud en cuanto a música y en tu tiempo libre, ¿cómo fue?, ¿te divertías, te gustaba?, ¿cómo entraste en lo que después definirías como cultura juvenil, si es que existió en ese momento?

Maritza Urteaga: Bueno sí, en Rusia tuve mucho tiempo de mucha diversión, mucho conocimiento de muchas músicas y me gustaba el rock desde muy chica. Mi hermana mayor estudió en los Estados Unidos y siempre llevaba en sus vacaciones en el Perú discos increíbles; llegaba ella y le sacábamos los discos para escuchar a los Kinks o las versiones de los Mamas and the Papas, a Bob Dylan, Grateful Dead, y mucha música pop. Esta música no se pasaba mucho en el Perú, la gente era más cumbianchera, pero mi ritmo corporal iba por otro canal. Cuando milité en la izquierda, el rock y el pop estaban prohibidos, se les calificaba de *imperialistas* y debíamos escuchar la música de los grupos chilenos y argentinos que se armaron como reacción a las dictaduras (tipo Mercedes Sosa, Quilapayún y después Silvio Rodríguez y etc.) Las *Peñas* en Lima fueron espacios donde esta última música se divulgó y promovió, pero a mí esa música no me movía el cuerpo para nada. Durante mi militancia debí escuchar el rock y el pop de manera clandestina, en la intimidad de mi casa solamente. En el tiempo libre de Peñas y fiestas con el ritmo sicuri me aburría muchísimo, optaba por irme a leer una novela, escaparme a teatros o cines.

México fue como la revancha en cuanto a mi consumo de música rock, jazz y pop. La primera vez que pisé México fue en el año 79 porque tenía un hermano antropólogo trabajando aquí y su grupo de amigos y colegas —todos progres o de izquierda— no tenía problema alguno con la música rock. Al contrario, en sus reuniones estaba el rock como música de fondo. Esa vez me la pasé viajando y grabando todo lo que podía y llevé una maleta de casetes a Perú. Yo tuve ese tipo de formaciones y aperturas, realmente lo celebro porque si no me hubiera intoxicado. Salí del Perú en los 80, Sendero Luminoso era hegemónico en términos de la izquierda peruana a pesar de que había llegado un gobierno de centro izquierda a la municipalidad de Lima. Me vine en el año 86 a estudiar la maestría en México; me encontré con una ciudad casi destruida en el Centro Histórico porque en el 85 se produjo un terremoto muy fuerte que destruyó gran parte del centro, la colonia Roma, las colonias Condesa e Hipódromo estaban muy afectadas y la gente era muy diferente a lo que yo había visto en los años 79, 82, cuando visité a mi hermano.

Estos mineros eran muy jóvenes, pero no los abordé como jóvenes

En el Perú había hecho un trabajo sobre los mineros peruanos utilizando a Agnes Heller para poder pensar en la vida cotidiana de la gente. No había estudiado sindicalismo, lo que hice fue trabajar la vida cotidiana de las mujeres y los hombres en

las minas y también cómo los trabajadores concebían su trabajo. Los mineros estudiados concebían «el trabajo» no como fuente de explotación, sino como una posibilidad de acumular un poco de dinero y volver a ser libres comprando tierras y retornar a sus lugares de origen a ser campesinos. No lo podía creer, porque mi perspectiva sociológica en ese momento es que eran proletarios, pues se organizaban, luchaban y salían a defender sus condiciones laborales, no que tuvieran como horizonte el dejar de ser mineros. Yo no podía entrar a las minas, lo hacía a las casas que les daban las compañías, pequeñas, o departamentos muy pequeños, en malas condiciones y con sus mujeres y niños. Viví la vida cotidiana de las mujeres y los niños. Estos mineros eran muy jóvenes, pero no los abordé como jóvenes porque no existía esa perspectiva para mí, pero ellos trataban de quemar esos años juveniles que vivían para ahorrar un poquito con los salarios que ganaban en estos sitios de la mina y regresar a sus lugares de origen, que era la Sierra Central del Perú o a Huancavelica —otra zona muy deteriorada del Perú— para invertir comprando tierra y volver al campo. En su filosofía no estaba el ir a Lima, ni hacer parte de la miseria urbana que ya acechaba a la capital.

Viví un año en el pueblo minero de Morococha, en una casa de la Universidad de San Marcos, que alguna vez había servido para realizar investigaciones de biología a 5000 metros de altura. Fue un poco difícil adaptarme, pero después saltaba y brincaba como cualquier ser humano que vivía por allá. Hice una tesis y llegué a México con ganas de estudiar otras cosas, pero sobre todo algo que tuviera que ver con la vida cotidiana, con el cine, la televisión, los medios de comunicación, porque al trabajar en la vida cotidiana me di cuenta de la importancia de la televisión y de la música en la vida cotidiana de las familias. Lo primero que hacía el minero al llegar era ver televisión, telenovelas, cine mexicano, y ahí me di cuenta de la importancia del cine mexicano en sus vidas. Conversaba yo con las mujeres sobre las telenovelas y las películas; sobre las expectativas que esto creaba; sobre las canciones rancheras y esta forma dramática como ellos se orientaban axiológicamente en su vida social.

La tribu de la Enah

Después de graduarme en plena guerra civil, vi cerradas mis posibilidades de seguir estudiando en el Perú. Ya sabía que en México existía una vida académica y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia estaban Néstor García Canclini y Esteban Krotz llevando a cabo una línea de investigación que se llamaba Ideología y Cultura en la maestría. Ingresé ahí y fue otro momento de mi vida. Además de esta estaban las líneas de antropología del trabajo con Augusto Urteaga y Juan Luis Sariego; estaba Eduardo Menéndez en la línea de antropología médica; Armando Bartra en la de campesinado y lo

rural y Gilberto López y Rivas en la de etnicidad, que era potente. Todos los estudiantes de la maestría nos encontrábamos en los cursos comunes y había discusiones deliciosas. Éramos treinta y cinco maestrantes con los que me sigo viendo, es una generación que estimo muchísimo. Ahí me formé y abrí mucho mis ojos en el área simbólica con Néstor, con Esteban, con Roberto Varela en antropología del poder, con Julieta Haidar y la semiótica de la cultura. García Canclini abría puentes interdisciplinarios con la comunicación, la sociología y la filosofía, se le «criticaba» de no ser ciento por ciento antropólogo en esa época, pero fue con el que mejor empaticé por los problemas contemporáneos que planteaba y los autores de vanguardia que leíamos.

Carles Feixa: La Escuela de Antropología e Historia era una subcultura en ese momento, no, era una tribu, era un lugar peculiar y lo sigue siendo, porque tú has vuelto a esa familia de algún modo.

Maritza Urteaga: Sí, era una tribu y México es fuerte en estos campos intelectuales, a pesar de todos los problemas presupuestales para investigar. Esta continuidad crítica solamente la he visto en México que tiene una estructura consolidada en términos de campos intelectuales con los cuales discutir y producir investigación y teoría, hay una gran producción. Aquí me enseñaron que debíamos producir teoría, que podíamos hacerlo. Néstor fue el que me metió en las pandillas juveniles, después de mi frustrado intento por estudiar la televisión mexicana, tema que entonces me aburría muchísimo porque no podía estar quieta viendo la televisión.

Muchos chavos y chavas se congregan todos los sábados para «cotorrear»

Las bandas juveniles las encontré con las mismas personas que tú estabas buscando cuando llegaste a México, el grupo en la Enah de estudios urbanos dirigido por Sergio Yáñez (q.e.p.d.) y que tenía a Fernando Henao, Alejandro Alarcón y Rodolfo Montes como «bandólogos». Hablé con ellos, me introdujeron en algunas pandillas como Los Panchitos y fue en su tesis en donde encontré otras referencias de investigadores de las bandas juveniles como Francisco Gomezjara y Fernando Villafuerte e hice otros contactos. Yo quería trabajar la música dentro de las bandas juveniles y el rock en particular, entonces el contacto para llegar a eso fue el Tianguis del Chopo⁵ a través de dos revistas que encontré en la calle —*La Banda Rockera* y *Conecte*— ; y el grupo más atractivo y espectacular eran los punks en los 80. También estaban los jipis, los oscuros, los metaleros, industriales y otros, en las orillas del Tianguis aún se hacía «trueque» de discos, pero adentro ya se vendían y se compraban sobre todo discos y casetes. Cuando

⁵ Tianguis: mercado. Tianguis del Chopo: es un mercado o feria rockero.

empezaba a retirarse el Tianguis, los grupos de jóvenes se iban a las «tocadas» o se iban a tocar y yo los seguía. En realidad, desde que encontré el Chopo conocí a la Zappa, una líder punk muy joven, quien me dijo vente conmigo y con ella conocí más chavas que estaban organizándose. Eso para mí como antropóloga fue muy productivo y dije, acá me quedo, y con ellas vi la construcción de un Colectivo de Chavas Punks y de su fanzín. Empecé a ir a todos los sitios donde ellas iban, porque decían, nos vemos en tal parte, nos vemos en el metro «tal» y yo iba y luego las invitaba a mi pequeño departamento a «cotorrear⁶». Era chiquito, pero entrábamos todas para escuchar música y conversar, y a través de ellas contacto a los chavos, quienes al verme con ellas empezaron acercarse y a preguntarme cosas por curiosidad. El punk era la identidad vanguardista en ese momento en El Chopo y estaba formándose en contraposición musical e ideológica con las demás identidades, pero se sabían parte de todo ese ambiente roquero.

Para armar la tesis de maestría tuve que estar muy clara respecto al rock en México, ahí en las entrañas, cuándo se había formado y por qué les tenían tanto temor/odio a los roqueros. Yo viví esas circunstancias, no me las contaron: los vecinos llamaban a la policía cuando había una tocada clandestina, llegaba la policía a extorsionar y tiraban todo abajo, todo eso lo fui estudiando como un efecto de las protestas y la brutal represión contra el movimiento estudiantil del año 68, más que como una batalla contra el rock y el rocanrol, que era interpretado en términos de un choque contra la moral católica apostólica de la sociedad mexicana. Los gobiernos del partido único en el poder controlaban políticamente los medios de comunicación y evitaban que saliera el rock mexicano en la radio, tampoco pasaban el rock internacional porque podía suscitar agregación entre los jóvenes y lo que menos querían era ver jóvenes juntos, y eso era el asunto de El Chopo; tú estuviste ahí. Muchos chavos y chavas se congregan voluntariamente todos los sábados para «cotorrear» horas de horas ahí.

Carles Feixa: Explica lo que fue El Chopo para alguien que lea esta entrevista y no entienda, porque das por entendido que todos lo saben...

Maritza Urteaga: El Chopo es una feria ambulante, pero que tiene un lugar fijo. Se llama El Chopo porque se formó dentro del Museo del Chopo, un museo que en los años 70 estuvo a cargo de Ángeles Mastretta, una gran literata mexicana, feminista activa que permitió la entrada de grupos disidentes al Museo. El museo mostraba dinosaurios y cosas así para cuestiones académicas, formales y sobre todo de antropología física: huesitos, dinosaurios, etc. Se convirtió en un espacio disidente, arropado por gente progresista y Ángeles Mastretta convocó a grupos LGTBx y empezaron por tener las semanas de orgullo gay, las semanas lésbicas, etc. También convocó a los roqueros. En menos de un año en el Museo del Chopo ni adentro ni afuera cabían y buscaron otro sitio

⁶ Cotorrear: platicar, jugar, convivir.

para organizarse y poder compartir información, discos y casetes con música que no se encontraba en tiendas de discos, que traían rockeros que salían de viaje o de la frontera, y la llevaban a este mercado. Así yo conocí mucha música que jamás hubiera conocido. Poco a poco México fue liberalizándose, sobre todo con la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos; se abrió al mercado internacional con las consecuencias nefastas para el país, pero con consecuencias positivas en términos culturales.

Mi incursión en el rock encontró jóvenes y no al revés

Carles Feixa: Hablemos de cuando nos conocimos, cómo lo recuerdas y qué influencia tuvo en tu investigación y trayectoria.

Maritza Urteaga: Para mí fue importante conocerte Carles y conocer lo que estabas proponiendo. Mi incursión en el rock encontró jóvenes y no al revés, y mi primera iniciación en el tema de la juventud fue a través del grupo de investigadores que trabajaba con José Antonio Pérez Islas en lo que era el Crea (el Injuve de esa época). Este grupo de jóvenes investigadores había construido conceptualmente a la juventud desde un punto de vista institucional, aunque Roberto Brito y Marilú Guillén, sociólogos, hacían un contrapeso resaltando el papel de algunas prácticas culturales de los y las jóvenes en su propia constitución como sujeto. Para mí tu llegada a México fue conocer un antropólogo con investigación en campo entre los jóvenes. En el curso que diste en el Ciesas [en 1991] mostraste tu perspectiva de *culturas juveniles* en términos de culturas generacionales. Yo me identifiqué con esa concepción pues mi investigación daba para eso y además tuvimos una lectura de Michel Maffesoli en común; así fue como llegué a estudiar a otros tipos de jóvenes, por lo menos hasta el año 2000.

Carles Feixa: Maritza, ahora te pediría que intentaras hacer un repaso de tus líneas de investigación y las distintas miradas de juventudes que estuviste incorporando desde la primera vez que investigaste las culturas rock y las pandillas, preguntándote en cada caso, por qué te interesó ese fenómeno, cómo lo investigaste y cuáles fueron los resultados de tu indagación.

Maritza Urteaga: Yo llego a los jóvenes a través de meterme en la cultura del rock mexicana, teniendo en cuenta que trascendía fronteras y que era un fenómeno universal. Para entender las razones de la represión y la censura en los medios de comunicación hacia los rockeros en la ciudad de México y en otras ciudades hice una retrospectiva a partir de la propuesta de E. P. Thompson, su concepción de clase obrera me sirvió para delimitar y emplazar a los jóvenes rockeros en una suerte de campo cultural en conformación. Eso era lo que me interesaba más, cómo se había conformado la cultura rock dentro de las juventudes mexicanas y cómo había adquirido ese carácter

contestatario que no me parecía que el análisis internacional sobre la cultura pop y rock daba cuenta.

El México rockero tenía una particularidad y mis estudios estaban enfocados en abrir esas particularidades, dar contenido concreto a cómo se había conformado la cultura rock. Era muy fácil repetir cómo había llegado la cultura rock a México a través de medios de comunicación y que había sido asumida por los jóvenes de clase alta y clases medias y que de alguna manera se había sedimentado hacia otros sectores sociales. Cómo había sido ese proceso es lo que me interesaba y desde ahí me pongo en esta línea heterodoxa, marxista, de ver cómo se constituyó este sujeto denominado rock, y sobre todo cuál es la articulación entre la cultura rock y los diferentes segmentos de población mexicana. Yo lo que veía es que los chavos de sectores populares en ese momento se distinguían entre ellos a partir de los gustos musicales; digamos que era un mismo horizonte de clase, podríamos decirlo así, las distinciones de gustos. Ahí me sirvió P. Bourdieu en la conformación de un espacio social, en donde podíamos ver diferentes propuestas musicales dentro del rock y cómo las distinciones se daban en ese sentido; se daban entre los jipis y los punks, que eran una generación distinta, y ahí hice una aplicación tanto de lo que había aprendido desde tu perspectiva sobre las culturas juveniles y desde la perspectiva de [la Escuela de] Birmingham. Y aprovecho para agradecerte que trajeras una parte de la versión de *Resistance through Rituals. Youth Subcultures in Post-war Britain* en catalán, cuando nos conocimos. Yo me leí esa versión sin saber catalán pues el interés de uno hace que uno aprenda cualquier idioma. Recuerdo que expresé ese texto, estudié su perspectiva en términos afirmativos. Birmingham, más E. P. Thompson, Gramsci en sus planteamientos de hegemonía y subalternidad y su *crisis de autoridad* y los quiebres dentro de las generaciones, me permitieron ingresar a los acontecimientos de 1968 y 1971, incluido el concierto de Avándaro y contextualizar historiografiando. Además me acompañaban propuestas teóricas como las de L. M. Lombardi Satriani, Howard Becker, Raymond Williams, Stuart Hall, Levi Strauss, Alberto Cirese, Roland Barthes, algo de Michel Foucault, Clifford Geertz, Renato Rosaldo, James Clifford, Marilyn Strathern, George Marcus y otros antropólogos que lideraban los debates sobre la antropología posmoderna; y también latinoamericanos como Jesús Martín Barbero, Néstor García Canclini, Renato Ortiz, Gilberto Giménez, Roger Bartra, Carlos Monsiváis y muchos otros autores con los que fui construyendo mi pensamiento respecto de la relación sujeto y estructuras, esto es, juventud e instituciones. Fueron lecturas de la maestría, sobre todo de la Línea de García Canclini.

Otro autor que fue un gran descubrimiento para mí en ese momento fue Michel Maffesoli con su propuesta de socialidad y el ingreso de la emoción y la sensibilidad en estas distinciones de gustos y en la conformación de los grupos contemporáneos.

Ninguno de los autores mencionados podía darme luces sobre la intensa vida social de los y las jóvenes punks que yo vivía y registraba en el trabajo de campo, no me era suficiente el planteamiento de las *culturas juveniles* (jerga, facha, música, producciones culturales y actividades focales) —que leí en *La joventut com a metàfora* de tu autoría— hasta que encontré el *Tiempo de las tribus*. Entonces pude dar cuenta, reordenar la vida social, la socialidad, de los y las jóvenes punks en torno a los rasgos que Maffesoli proponía en la configuración de los grupos contemporáneos, el presentismo, lo divino social y la intensidad de las experiencias en grupo que se buscan, se crean y se retienen en la memoria grupal: el paradigma estético de ese «estar juntos y sin ocupación» y su potencial político.

El libro *Por los territorios de rock. Identidades juveniles y rock mexicano*, que escribí el siglo pasado (1998), sigue teniendo vigencia en términos de la intensidad con que los jóvenes interactúan. Esto sirvió para armarme de una base analítica con la cual revisar toda la concepción de la banda juvenil y reposicionarla en el debate científico de la época, sacarla de ser concebida como sub proletariado o una *clase* antagónica a la clase hegemónica o contracultural y emplazar la banda dentro de las culturas de la juventud que se constituyen en el ámbito de las culturas parentales y las tensiones que se suscitan entre adultos y jóvenes en ese ámbito —generalmente reactivo a las culturas hegemónicas—. Ese emplazamiento de los grupos juveniles, incluido los de los sectores medios, en las tensiones adulto-joven de las culturas parentales, me sirvió mucho para ingresar con Inés Cornejo (Universidad Iberoamericana) en el estudio de los y las jóvenes en los centros/plazas comerciales. Era un tema de estudio novedoso el que entonces propusimos. Ambas éramos docentes e hicimos el recorrido en dos plazas comerciales y una tercera como práctica con estudiantes. Con las herramientas aprendidas entre las bandas juveniles centramos nuestro abordamiento en las formas de comunicación no verbales de los jóvenes — un lenguaje juvenil más corporal— pues eran púberes y no pasaban de los 15 o 16 años. Los distinguimos por sus prácticas de uso y apropiación del espacio entre los viernes, sábados y domingos; en realidad, los viernes y sábados copaban el espacio del centro comercial, el domingo era para los mayores. No compraban, se paseaban luciendo *fachas* propias que, descubrimos, eran parte de su profusa relación con las *vitrinas*. Se apropiaban de ciertos elementos de moda y fabricaban otras modas. En el análisis conjuntamos dos disciplinas, la comunicación y la antropología, el resultado quedó plasmado en unos artículos muy referidos: hasta ahora me llegan notificaciones de que alguien está usando esos textos. Trabajé con otros investigadores cuestiones relacionadas al uso y apropiación del espacio urbano, y estilos de uso, en conjuntos habitacionales, en la Alameda Central de la Ciudad de México como formas de conocer la ciudad y hacerla propia a través de *lugares* o espacios que los jóvenes hacían propios

con sus prácticas culturales simbólicas. Años más tarde, trabajando en la Universidad Autónoma de Puebla realicé varias prácticas con estudiantes en el Zócalo de Puebla y dos centros comerciales, uno muy popular en el centro histórico y otro muy lujoso, todo ello salió publicado también.

Impulsar un campo de estudios sobre juventud

Mi estancia doctoral en España y concretamente contigo en la Universidad de Lleida fue otro giro en mi vida en términos de no solo ampliar mis conocimientos, sino de relacionarme con muchos colegas españoles, catalanes y sudamericanos que estudiaban juventud. Conocí a Yanko González, a Maricela Portillo, a Oscar Aguilera, Roger Martínez, Mauricio Sepúlveda, Anna Berga, Laura Porzio como los pares con quienes nos preparábamos. También conocí a docentes del Máster Interuniversitario en Estudios sobre Juventud, pues cursé (creo) la segunda versión del mismo con Pere Soler, Joan Saura, Jaume Funes, Joaquim Casal, volví a encontrar a Oriol Romaní. En esa oportunidad fueron un lujo las docentes invitadas como Rossana Reguillo, Lynne Chisholm y Carmen Leccardi.

En 1998 con Alfredo Nateras abrimos el Diplomado *Culturas Juveniles. Teoría e Investigación*, en la Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa. Tuvo nueve versiones. Ese fue un espacio formativo muy importante en teorías sobre juventud pensando (1) promover la perspectiva socio cultural de juventud entre un mayor número de investigadores jóvenes —pues en las universidades no había este tipo de especializaciones o maestrías (hoy las hay)—, y entre las personas que trabajaban en las instituciones y las ONG de atención a juventud; (2) impulsar un campo de estudios sobre juventud, pues una cosa era ser amigos y pasarnos referencias y etc., pero Alfredo Nateras, mi persona, José Manuel Valenzuela, Rogelio Marcial, Gabriel Medina, José Antonio Pérez Islas, Rossana Reguillo, Lourdes Pacheco y alguno/as otros éramos amigos pero no había un campo de investigación; y, (3) pensando ya en los relevos generacionales de los/as denominados *juvenólogos*.

La reunión de Ixtapan de la Sal (México) precisamente es la fundación o la intención o voluntad de los investigadores en juventud de conformar un campo de investigación, así como también un espacio para incidir en la formulación y operación de políticas públicas de juventud. De alguna manera yo arribé a tener esta (pre)ocupación y la del relevo generacional por las conversaciones que tuve contigo —durante tus muchas estancias en México— y con José Antonio Pérez Islas. Hasta ahora sigo trabajando en los relevos generacionales a través de la Línea de Investigación Jóvenes y Sociedades Contemporáneas del Posgrado en Antropología Social de la Enah. Sé que ya el campo

por sí mismo se mueve y eso me da mucho gusto y que el campo se ha tejido incluyendo a investigadores de países en Latinoamérica y tú eres uno de los puentes intelectuales con España. Esos contactos entre juvenólogos iberoamericanos se fueron realizando desde la década de los años 90 y creo que tú has sido muy importante, lo mismo que José Antonio Pérez Islas, en la intención de convertir esto en realidad, no siempre a través de instituciones, porque estas van y vienen en nuestros países.

Mazahuacholokatopunks

En el año 2004, abrí nuevas líneas de investigación en juventud. La de las juventudes indígenas (o étnicas) fue una invitación del antropólogo Víctor Rojo del Consejo de Pueblos Indígenas (CDI) para realizar una exploración diagnóstica sobre los *jóvenes indígenas migrantes* en la ciudad de México. No solo leí entonces una escasa bibliografía, hice lo que mejor sabía hacer entonces, contactar a jóvenes en el espacio público y recordé mis estudios en la Alameda Central en el año 98 donde con mis entonces estudiantes de la Universidad Autónoma Metropolitana identificamos grupos de jóvenes recién migrados y pertenecientes a diferentes etnias y Estados del país, por medio de la técnica de la *bola de nieve* contacté otros espacios públicos y otros institucionales con jóvenes migrantes, y con ello rompí la etiqueta política de *jóvenes migrantes indígenas* encontrando una diversidad de jóvenes con intereses y temporalidades muy diversas en la ciudad. Fui contactando con una serie de actores jóvenes y migrantes a la capital del país, a todos los atraían diferentes tipos de motivaciones y expectativas: los que llegaban a trabajar temporalmente —como albañiles generalmente— y con ello a vivir una intensa socialidad entre pares de diferentes etnias en los espacios públicos y privados de la ciudad y que enviaban dinero con puntualidad a sus pueblos de origen. Estaban los universitarios, los que trabajaban en servicios y en la informalidad, aquéllos que estudiaban y trabajaban. Logré contactar a jóvenes que realizaban trabajo voluntario en las organizaciones étnicas e incluso interétnicas en la ciudad. Así, los seguí por los espacios públicos en sus tiempos libres y las transformaciones en sus estilos de vestir y hablar —para éstos asumí el término *mazahuacholokatopunks* del fotógrafo Federico Gama—, conocí a otros que se sentían de «otra clase social» y que solo asistían a los lugares de sus paisanos con recursos, a jóvenes que no se sentían jóvenes porque ya estaban casados en sus lugares de origen, a jóvenes que estudiaban varias carreras profesionales a la vez, a jóvenes que tenían abuelos que «hablaban lengua» con padres que se habían negado a hablarles en ese idioma y que ahora aprendían esa lengua en la Enah; a unas que llegaron a estudiar pero que ya no veían posibilidades y/o motivaciones para regresar y trabajar en sus comunidades de origen porque temían ser obligadas a

casarse y verse encerradas como sus madres, o regresar y no poder trabajar ante la falta de empleos.

Estudié muchas situaciones de vida de los y las jóvenes migrantes de diferentes etnias a la ciudad de México entre 2004 y 2006. Recuerdo cuando un líder muy joven preguntó a voz alzada en un taller: ¿y ahora cómo nos construimos como identidad sin territorio?, jalando a los demás jóvenes participantes a discutir la (re)construcción étnica en las ciudades y confrontar los diacríticos que las instituciones del siglo XX exigen a los diferentes pueblos étnicos para verificar su *autenticidad indígena*, entre ellos tener territorio y hablar lengua, cuando los y las jóvenes están movilizándose en todo el país y fuera de él para mejorar la calidad de vida de sus familias y pueblos y están empezando a reflexionar y debatir la construcción de un nuevo tipo de etnicidad —con muchas etnias dentro— en el siglo XXI. Descubrí también que la tensión más fuerte de los jóvenes migrantes está en su relación con las culturas parentales entramada a su pertenencia étnica en lo que refiere al cumplimiento de sistemas normativos de compromisos materiales y rituales comunitarios propios de los pueblos. Los sistemas normativos basados en cargos están relacionados a una suerte de sistema de edad basado en la adquisición paulatina de responsabilidades a través del cumplimiento de roles y funciones asignados para cada edad y cada género desde la tradición y la cosmovisión de cada pueblo. Estos sistemas prescriben las maneras correctas de convertirse en hombre adulto y mujer adulta con base al desarrollo de la templanza, el respeto hacia las personas mayores y ciertos ritos de paso que marcan la transición de una etapa de vida a otra. Los cambios que agudizaron la pobreza de los campos y de sus poblaciones y que impulsaron a migrar masivamente a los jóvenes, fueron impactando y posibilitando otros escenarios dentro de las culturas parentales y los sistemas normativos de compromisos vinculados a la edad y la pertenencia identitaria dentro de los pueblos. Estos sistemas que fungían como claros parámetros de socialización y auto-reconocimiento, son en la actualidad puntos de negociación y confrontación entre jóvenes con mayor agencia y movilidad y adultos que en nombre de la tradición, pugnan por el cumplimiento de los compromisos ligados a los roles y funciones asignados anteriormente a los solteros sin ceder en el poder.

Delimité desde entonces que el estudio de las juventudes indígenas forma parte de la antropología de frontera en la perspectiva de Renato Rosaldo, Michel Agier y Marc Abelès, que definen las zonas de frontera como lugares de intersección intercultural e intergeneracional que requieren investigación en tanto expresan procesos de cambio e inconsistencia interna, conflicto y contradicción, en un determinado contexto derivados de la movilidad y el flujo de actores movilizados y en interacción con múltiples situaciones e ideas. Las zonas fronterizas son espacios de subjetivación y de formación de

sujetos de maneras diferenciadas. Muchas investigaciones sobre juventud indígena han pasado por la Línea Jóvenes y Sociedades Contemporáneas en el Posgrado. Todos hemos participado en la construcción y hoy consolidación de un campo de estudios sobre las juventudes étnicas. Hasta el momento se ha dilucidado que la categoría *jóvenes indígenas* es una categoría política mientras la de *juventud étnica* es una categoría que puede servirnos para abrir nuevos horizontes teóricos desde donde analizar a los jóvenes concretos que tienen orígenes en los diferentes pueblos indígenas y pertenecen a culturas concretas en la contemporaneidad latinoamericana. Considero que el campo de investigación de las juventudes étnicas ha posibilitado estudiar dónde y cómo están posicionadas las etnias dentro de México actual y si se ubicarán en el siglo XXI como lo hicieron en el siglo XX, esto es, en condiciones de subordinación o tendrán otro papel en el siglo XXI, lo cual da para mucho. Me siento contenta con los resultados de este proyecto y el de los estudiantes de la Línea en el Posgrado, creo que me ubiqué en un lugar de mucho movimiento o movilización y creo que ahí soy buena. Cuando me mandas a estudiar una cultura cerrada, ahí no entiendo nada.

Cazadores de tendencias

Otro espacio fronterizo de investigación en 2004 fue una exploración cualitativa de las nuevas tendencias en moda y en consumo de los jóvenes. Teníamos que abordar a los actores de las tendencias en el consumo cultural y comercial, gustos, marcas de cigarros, cervezas, de ropa y otros objetos, pero lo convertimos en otra cosa. Como yo había estado yendo mucho a la Escuela de Antropología e Historia a dar cursos y trabajar con investigadores del espacio urbano, contacté estudiantes muy bien formados en el trabajo de campo en la urbe e interesados en trabajar y los atraje a esta investigación. Participaron cinco jóvenes investigadores y mi persona. Algunos fueron a los Tianguis o mercados ambulantes que surten de ropa con marcas falsas o de segunda a los y las jóvenes; otros salieron hacia los centros comerciales y las boutiques de diseñadores de moda nativos, otros al Centro Histórico que estaba viviendo un revival como lugar recreativo y cultural juvenil y artístico. Necesitábamos distinguir a los trendsetters (iniciadores de la tendencia tecnológica, estética, conductual, etcétera) de los jóvenes *media* (mainstream). Hallamos jóvenes iniciadores de tendencias cuya característica era un consumo altamente reflexivo en sus vidas; un consumo que hacía uso tanto de objetos y ropa de contraculturas y subculturas mexicanas, así como de la moda más amplia e ingresaba además gustos musicales que recién llegaban a México a través de fiestas, inauguraciones de exposiciones en galerías o museos de artistas plásticos en donde se mezclaban música, imagen visual, obras y fiesta. Todo el Centro Histórico era un circuito

cultural *reventado*⁷ de chavos de no más de veinticinco años que estaban viviendo algo que en Europa ya se había vivido en ciudades como Berlín, Madrid y Barcelona. Fue un descubrimiento de las zonas culturales que hacían parte de los circuitos de los jóvenes, de cierto tipo de grupos que denominamos tribus; que se juntaban a partir de esas noches largas y que estaban muy vinculados con los artistas plásticos y otros más mediáticos y visuales de tendencias vanguardistas. Lo cierto es que esa época ya pasó, el Centro de la Ciudad de México está en manos del crimen organizado hace tiempo, pero en ese momento era impresionante el despliegue energético y creativo juvenil en la Zona Centro, la Roma, Condesa, San Rafael, Santa María La Ribera y otras colonias aledañas.

Construyendo entornos de producción cultural desde la digitalización

Carles Feixa: Esta incursión, podríamos decir, hacia lo más antiguo y lo más moderno, de los indígenas a los trendsetters, ¿concluye en tu tesis de algún modo o surgió después?

Maritza Urteaga: Concluye en la tesis. Para mí era importante subrayar que tanto los jóvenes indígenas como los trendsetters compartían su protagonismo en la construcción de nuevas etnicidades y de nuevas tendencias culturales. El aparato analítico sobre culturas juveniles, a pesar de lo cerrado, permite aperturas a la construcción juvenil en la actualidad con la multirreferencialidad y la movilidad, y sobre todo te permite ubicarte dentro de los que están siendo protagonistas de estos cambios, sin desechar las miradas de generaciones antiguas, pero las emplazas en otro lugar. Este aparato crítico también nos ha permitido entrar en el tema del juvenicidio y rastrear treinta a cuarenta años de desmantelamiento del Estado benefactor mexicano, que dejó a la deriva a las nuevas generaciones de jóvenes.

Entre las preguntas que quedaron pendientes de resolver de la investigación de los trendsetters en 2004 estaba la combinación trabajo-ocio-ingreso en el mercado laboral por parte de estos jóvenes en el sentido de ir imponiendo corrientes culturales como estilos de trabajo y de vida. En 2010 con Néstor García Canclini (UAM – I) y Francisco Cruces (Uned) iniciamos una investigación sobre estos grupos en las ciudades de México y Madrid. Nos introdujimos en las redes colaborativas de artistas, gestores culturales, músicos y editores de libros independientes. Francisco Cruces y el equipo español hicieron más énfasis en la explotación o autoexplotación de los jóvenes al sentir que estaban haciendo un trabajo que les apasionaba, también subrayaron la precarización como escenario laboral. El grupo mexicano observó cómo en estos jóvenes la pasión y la

⁷ Reventar: festejar. Reventado: fiestero

locura de construir algo nuevo y ser partícipe de un movimiento nuevo era mucho más fuerte que la sensación de estar siendo explotados; no se veían como los jóvenes que tenían que trabajar doce o catorce horas estando en una corporación; era la pasión por construir y hacer todo ese rollo artístico, musical, etc.

Muchos jóvenes entraron a construir lo que se llama la industria cultural (musical, editorial, visual) independiente aprovechando los resquicios de la digitalización y la masificación del uso de internet. Están construyendo entornos de producción cultural desde la digitalización. Lo novedoso parece estar gestando en una búsqueda de nuevos caminos (ni comunistas ni capitalistas) en términos de estilos de vida y de estilos de trabajo; también, no tratan de oponerse por oponerse, sino que expresan una proactividad marcada con lo que hacen, con quienes lo hacen y en cómo viven. Son conscientes de la precarización y la falta de empleos y trabajo para los muy educados y especializados, pero están intentando constantemente construir algo distinto o intentar modelos de construcción distintos en términos de trabajo, en términos de estar haciendo algo que les guste: por lo menos intentemos construir algo en que nos sintamos bien en términos del trabajo que realizo o en términos de mis relaciones sociales, de la música que hacemos. Me interesa seguir investigando la emergencia de formas distintas de trabajar, de relacionarse con los otros y de producir música. Lo veo en los siguientes términos: no es solamente una batalla de David y Goliat como se veía en el siglo XX, sino de qué maneras diversas David está creciendo, de qué manera este David del siglo XXI se permite usar herramientas de la misma ideología neoliberal para construir, por ejemplo, un entorno musical más artístico y creativo, construyendo en la base relaciones de trabajo más humanas (comprometidas, responsables) y más libres tanto entre todos los participantes que hacen la música como con los públicos que sustentan a los músicos.

No me gustan los enunciados de tipo apocalíptico que acompañan cualquier investigación sobre las culturas musicales y las culturas de la juventud: que en algún momento serán «tragados por el sistema», un sistema que parece alimentarse de nosotros de maneras monstruosas. No caigamos en eso, no, hay que seguir buscando cómo se construyen estas nuevas subjetividades a través de la multiplicidad de prácticas culturales y económicas que despliegan estos intentos juveniles de dar salida proactiva a sus necesidades aquí y ahora. Ahí está el cambio, la posibilidad de resistir creando maneras diferentes de vivir y trabajar en el siglo XXI, más globalizadas, más localizadas. Para las juventudes indígenas el contactar con los movimientos mapuches, canadienses, estadounidenses o europeos a través de sitios y redes virtuales les ha abierto horizontes organizativos novedosos que apuntan a su supervivencia en el sentido de Abelès, asociada al futuro en términos de proyección al porvenir. Hoy todo eso es posible en internet, en el espacio público, sigue siendo interesante que los jóvenes siempre están

más adelante explorando otras herramientas. Los trendsetters dieron lugar a otros estudios en términos de arte, y hasta ahora la investigación que llevo con los músicos independientes proviene de estilos de creación y divulgación de la música diferentes a los hegemónicos, aunque no necesariamente los contrarresten.

Ayotzinapa es un acontecimiento radical

Un proyecto aparentemente distinto fue el de las juventudes (sobre todo menores de edad) que ingresan al narcotráfico. Tuvimos varios seminarios en esas perspectivas de los jóvenes que ingresan en estas labores, nos pareció conveniente evitar centrar nuestra mirada en la violencia como el aspecto que distingue la práctica juvenil. Decidimos ingresar a esta problemática a través de lo que ellos/as dicen «es un trabajo», «un empleo». Nos preguntamos por cómo se vive ese trabajo y cómo se articula con las actuales expectativas juveniles (de consumo y de prestigio, aunque sea efímero versus vidas miserables). Y sí, ese trabajo implica el uso de mucha violencia porque se les pide —por ser jóvenes y faltos de experiencia—, realizar las tareas más sucias y riesgosas del negocio del narco a cambio de dinero, mujeres, éxito, poder, reconocimiento y respeto entre los pares y las familias, así como de sus muertes. Total, tanto las instituciones como el crimen y el negocio del narco han reducido a los jóvenes a *nuda vida*, vidas prescindibles y desechables.

Carles Feixa: ¿Por qué te interesaste en este mundo tan complicado y tan duro?, ¿por qué entraste?

Maritza Urteaga: Llegó Hugo Moreno a hacer un posdoctorado a la Enah en la Línea de Jóvenes y Sociedades Contemporáneas y traía una investigación muy bien armada sobre las pandillas centroamericanas. Me pareció interesante el aparato teórico - crítico que había desarrollado para explicar la dinámica de las pandillas en El Salvador en base a Agamben, Foucault, Félix Guattari, Deleuze, Jakobs, Reguillo y mi persona. Empezamos a trabajarla en la Línea y yo entré con las herramientas del trabajo, el empleo, como punto central y vital, no la violencia por la violencia. El trabajo te identifica/te hace reconocible en la medida en que tú no eres nada si no trabajas, si no tienes un empleo, si no tienes un ingreso. Trabajamos en la Línea de investigación esas herramientas teóricas y empezamos observando y analizando los acontecimientos de Ayotzinapa (esa fue mi participación en el Panel de la I Bienal de Manizales en 2014). Ayotzinapa es un acontecimiento radical en donde participa un conjunto de aparatos estatales y actualmente está saliendo a luz lo que ya intuíamos desde el inicio: que hubo una alianza entre varias instituciones y autoridades locales, regionales, estatales y federales y algunas bandas del crimen organizado. No es que el Estado haya fallado, que

esté coartado por el narcotráfico; el Estado y el narcotráfico actúan en alianza y haciendo cada uno la función que le corresponda para controlar el territorio y en beneficio del negocio. Así funciona, hasta ahora, el Estado beneficia a ciertos cárteles y pega a otros para mantener de alguna manera estabilidad política en una sociedad altamente desigual. Yo entré a discutir estos asuntos a partir de la incorporación de los jóvenes al trabajo, debatimos en torno a los procesos de descuidadización de jóvenes urbanos y leímos con mucha atención las propuestas de Gonzalo Saraví sobre la fragmentación de la desigualdad dentro de las ciudades y nos armamos de otro tipo de herramientas, un poco más estructuralistas, para poder ingresar en el tipo de trabajo en el que estaban desarrollándose los jóvenes. Ellos son y se sienten reconocidos por parte de sus empleadores, quienes les dan cada vez mayores responsabilidades y más salario y prestaciones (motos, coches, etc.) así como acceso a parte del poder, logrando así reconocimiento y respeto por parte de sus pares y su comunidad. Aquí aplicamos parte de las herramientas de las culturas juveniles, esto es, que el reconocimiento de los otros es muy importante para ascender en los espacios sociales que los jóvenes se hacen y que habíamos observado tanto en los jóvenes indígenas, los trendsetters, los artistas y otros.

El reconocimiento del par y el de las generaciones anteriores es importante para que te consideres alguien, y es la misma lógica que actúa dentro de los cárteles mexicanos. Te reconozco y te doy más responsabilidades, no es el salario, es que te considero y te doy más responsabilidades, te reconozco y te llamo por tu nombre, eso es vital para el avance de los jóvenes dentro de los cárteles, pero también es lo que los hace desechables, porque en el combate con los otros cárteles sus nombres y apellidos concretos son blanco de muerte. Si nosotros solo usamos el término juvenicidio no podremos entender las razones de la participación de los jóvenes en estos cárteles. Estamos trabajando la violencia post estructural para lograr entender como algunas personas que han sido secuestradas de sus pueblos son *convencidas* de realizar tareas muy violentas a punta de amenazas de muerte a su persona o a sus familias. Evitemos victimizar a los jóvenes; la victimización solo produce que los jóvenes dejen de ser sujetos para convertirse en objetos. Yo creo que tenemos una gran oportunidad de crear herramientas distintas para interpretar las prácticas y las percepciones de los jóvenes involucrados en el narcotráfico y el crimen organizado, pero no las estamos aprovechando porque estamos en esta tensión víctimas o victimarios.

Juvenicidio versus descuidadización

Carles Feixa: Vuestra propuesta es la descuidadización de las juventudes, ¿cómo la justificas?

Maritza Urteaga: La noción de juvenicidio no supone el asesinato de un sujeto por el hecho de ser joven. La propuesta de José Manuel Valenzuela se centra en la precarización y la vulnerabilidad en las que se encuentran muchos jóvenes. Nos parece que una noción más adecuada, capaz de comprender la producción de *nuda vida* según el cruce de las categorías de clase, etnia, raza, género y edad, es la de descuidadización, y no porque el término juvenicidio esté errado en aquello que busca hacer emerger —la realidad de que la mayoría de las víctimas de la violencia estructural son los jóvenes, quienes a la vez son sujetos criminalizados—, sino porque se corre el riesgo de asimilar juvenicidio con feminicidio, cuando describen fenómenos diferentes. Me parece que el tema del juvenicidio - descuidadización, abre paso a discutir nuevamente una suerte de recuidadización de los sujetos y eso es muy diferente en los países latinoamericanos. No es lo mismo el narco y el crimen organizado insertos en el entramado social y cultural como México o Colombia, a hablar del escenario juvenil argentino con el peronismo de vuelta; o hablar del escenario de la protesta juvenil en Chile dirigiendo la revuelta social a la protesta de los jóvenes peruanos y urbanos que salieron a rechazar el intento de golpe de Estado por parte del presidente del parlamento. Recuidadización de las juventudes latinoamericanas, es un buen reto para los juvenólogos. ¿Cómo lo hacemos? Y aquí creo está el cambio en nuestro punto de mira.

En cada país se cuecen habas de diferentes maneras, considero que este tipo de fenómenos requiere abandonar las perspectivas apocalípticas y tomar como punto de mira qué proyectos, qué experiencias y prácticas juveniles están hablándonos de un nuevo contenido de la *resistencia* en el sentido que Deleuze da a este término, como acto de creación... de formas de emprender, trabajar, vivir, relacionarse de manera distinta en el ahora. Acciones en proceso que hablan de reposicionamientos concretos de los y las jóvenes en varios ámbitos: en los mercados laborales emergentes, en la legalidad/ilegalidad, paralegalidad, formalidad/informalidad, en las artes, entre otros. Los investigadores podemos y debemos centrar nuestra atención más allá de recuperar el presente tal cual y desplazar nuestra atención hacia las nuevas formas de experiencia social en lo que está sucediendo o, a lo que Raymond Williams denomina «estructuras del sentimiento», esas formas sociales emergentes que aún están abiertas y en solución.

La pandemia está poniendo de cabeza a todo el mundo

Carles Feixa: La pandemia en la que estamos, ¿cómo está modificando o modifica toda esa trayectoria sobre juventudes que tú has ido investigando?, ¿cómo está cambiando?

Maritza Urteaga: La pandemia está poniendo de cabeza a todo el mundo. Es muy paradójica la posición de los jóvenes en la pandemia, por un lado, es el grupo en el que el virus ha tenido menos incidencia, pero, por otro, es el que mayor afectación económica está teniendo, ha incrementado su desempleo, y quienes siguen trabajando han visto mermados sus salarios; en el caso de México, con el 70 % de informalidad, se han puesto muchas trabas a la actividad económica en las vías públicas. Además, el cierre de las escuelas y universidades ha tenido un enorme impacto (1) en la salud emocional en los y las jóvenes; (2) en la profundización de la desigualdad educativa; (3) en la deserción escolar de millones de niños y jóvenes por no encontrarles sentido a los contenidos. Los espacios educativos no son solamente para estudiar, la educación *online* no produce los mismos satisfactores que ver y sentir a tus amigos y amigas, así como a tus profesores. Esto último ha sido un gran descubrimiento, la educación presencial sigue ocupando una posición clave en los procesos de desarrollo de las capacidades individuales y colectivas de las nuevas generaciones. Un lugar adolorido, lleno de ira y resistencia en estos momentos es el de las mujeres jóvenes mexicanas, quienes no solo están cargando con el desempleo, también con los cuidados familiares y con el aumento de la violencia doméstica contra ellas ya que están encerradas en casa con sus agresores en un entorno socio cultural machista en donde los secuestros, desapariciones y asesinatos de mujeres no solo no pararon, sino que aumentaron al grado de tener 11 feminicidios diarios y en donde la gran mayoría son aún menores de edad. Ante el desinterés manifiesto de las autoridades políticas del país, las chavas han reaccionado manifestándose cada vez con más violencia en el espacio público. Y es algo que como investigadores debemos seguir.

Cuando la pandemia se desató yo estaba retomando el fenómeno de la nueva producción independiente y autogestiva de la música popular en México y Chile, gran parte de su ingreso dependía de los «en vivo» y estos fueron cancelados. El gobierno mexicano hasta el momento se ha desentendido de los músicos y de todo aquello que considera «fluye con el mercado», no hay apoyos, ni en México, ni en Chile, pero paradójicamente sí en Brasil. Actualmente sigo a los músicos —y los involucrados en la producción musical— en las redes sociales y en los webinars que realizan para expresar sus necesidades y las maneras como las tratan de solucionar. Me interesan las formas emergentes de trabajo y las formas de gestionar su sustentabilidad. También, en estos momentos estoy incorporando a los objetivos de la investigación las redes de mujeres músicas y aquellas que apoyan en la producción y divulgación, las colectivas de mujeres feministas y músicas también estarán contempladas.

Redes colaborativas de investigación en juventud

Maritza Urteaga: Toda mi vida profesional y académica he funcionado en red. Las redes de las que participo o me hago responsable tienen como centro la temática de estudio. He participado en varias redes, cuando hice estudios sobre la relación de los jóvenes y el espacio urbano fui miembro del Seminario Permanente sobre Cultura y Ciudad; luego consolidé más mis vínculos con los investigadores nacionales que estudiaban juventud, luego tendí redes con grupos de investigadores de comunicación, luego he creado redes con miembros más jóvenes y en especial con estudiantes que realizaban trabajos de investigación en juventudes indígenas, con músicos, y luego al ingresar a la Enah pude incorporarme en otras redes de investigadores en juventud en Colombia, Argentina, Chile, Brasil, Ecuador y con ciertas instituciones u organizaciones y nunca he dejado de fortalecer mis lazos con algunos investigadores españoles. Actualmente estoy impulsando un Seminario Permanente desde el 2016, *Jóvenes: entre la creación y la criminalización*, con jóvenes investigadores y posgraduandos de diferentes nacionalidades; con ellas y ellos estamos impulsando varias publicaciones, entre ellas el libro que salió en plena pandemia *Juventud, trabajo y narcotráfico*, que trata sobre la inserción de los jóvenes en las organizaciones delincuenciales, así como *Aionograma. Revista de Estudios sobre Juventudes y Sociedades Contemporáneas*, una revista de divulgación, que intenta también ser más mediática en las redes y que quiere convocar a jóvenes investigadores en juventud de los países latinoamericanos. Las redes permiten abrir o desarrollar campos de investigación, aprender, compartir experiencias y categorías, intercambiar estancias de investigación, posibilitar el intercambio de estudiantes en determinadas temáticas juveniles que se están abriendo o consolidando, caminar en conjunto aportando al conocimiento de lo juvenil en su discurrir constante. Ojalá pudiéramos tener más presencia en la agenda pública, política, pero esos lazos hasta el momento son frágiles, depende de las fuerzas políticas y el interés de estas en la juventud. Cuando nos pusimos a imaginar *Aionograma* pensamos fundamentalmente llegar a otros públicos, menos académicos, funcionarios y operadores que trabajen en programas de atención a jóvenes, esperamos abrir esa puerta.

Carles Feixa: De algún modo has creado tu propia red en la Enah, un grupo de investigación en la revista que acabáis de crear.

Maritza Urteaga: Sí, podría decir que es así. *Aionograma* intenta ampliar las redes de jóvenes investigadores que se puedan integrar en conjunto en los congresos, en las mesas o en los grupos temáticos de investigación; eso es lo que intento, conectarlos, una conexión generacional que permita la pervivencia de un campo de estudios en juventud con el relevo generacional. Y eso también lo he aprendido contigo Carles, tienes una increíble facilidad para conectar gente. Me siento muy contenta ahora que en México y también en otros países hay jóvenes investigadores de cuarenta años para abajo que están

en toda la pasión y la locura y haciendo cosas muy interesantes en términos de la participación de los jóvenes dentro de la sociedad.

La generación del 98

Carles Feixa: Para concluir Maritza, antes hablaste de Ixtapan de la Sal; me gustaría como finalización de esta entrevista y también del libro, que evocarás un poco qué pasó en ese encuentro; cuál fue la evolución de los protagonistas de ese encuentro, que espero podamos acabar algún día este proyecto nuestro, y si de algún modo se constituyó un acontecimiento generacional, una red. ¿Qué pasó veintidós años después en perspectiva? ¿Cuál ha sido la evolución de esa generación?

Maritza Urteaga: La reunión en Ixtapan de la Sal (1998) —o la Segunda *Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud*— inició un nuevo momento intelectual en el campo de la juventud, allí se discutieron las líneas conceptuales que regirían la I Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) en México. Sería la primera investigación cuantitativa a realizarse y todos estábamos muy emocionados y a la vez muy críticos de los ejes de análisis. Quiero remontarme dos años antes, la ENJ salió como conclusión de la *Primera Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud*, organizada por el Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud (Causa Joven⁸) en noviembre de 1996, Querétaro. Fue cuando José Antonio Pérez Islas (Japi) retornó a trabajar en el IMJ e impulsó nuevamente la investigación para la elaboración de los planes y programas en juventud. En 1996 se logró juntar una gran cantidad de investigadores ligados a temáticas de juventud, aunque muchos no compartían una conceptualización sociocultural de la juventud. Sin embargo, estuvimos un núcleo de investigadores —José Manuel Valenzuela, Rossana Reguillo, Rogelio Marcial, Alfredo Nateras, Gabriel Medina, Japi— presentando o comentando los *siete estados del arte* (1986 - 1996) que nos dieron un panorama cualitativo de los campos cubiertos por la investigación en juventud. Yo presenté el estado del arte sobre la organización juvenil y allí y en otros estados del arte se vieron las limitaciones de la conceptualización normativa sobre juventud, dando paso al concepto de *culturas juveniles* como punto de mira desde el cual abordar los estudios sobre los y las jóvenes. Japi impulsó la conformación en esa reunión de la *Red Nacional de Investigadores en Juventud*, así como el compromiso de parte del Instituto Mexicano de la Juventud de realizar una primera encuesta sobre las juventudes a nivel nacional. Alfredo Nateras y mi persona en esa misma reunión nos propusimos levantar un

⁸ Causa Joven era el nombre con el que se conocía al Instituto Mexicano de la Juventud en 1996.

Diplomado en Culturas Juveniles, cosa que pusimos en marcha en 1998 en la Universidad Autónoma Metropolitana.

La reunión de Ixtapan de la Sal consolidó en ese momento la Red Nacional de Investigadores, a la vez que propició el espacio para la conformación de grupos de investigación temáticos iberoamericanos como, por ejemplo, el de la transición a la vida adulta. Yo creo que Ixtapan fue eso, el inicio de un nuevo tipo de estudios de encuestas cuantitativas que no hemos podido sostener por la inestabilidad económica permanente de nuestros países y porque en su mayoría dependen del ejecutivo y el apoyo presupuestal está en relación al interés electoral que el gobierno en turno tenga sobre el segmento juvenil. Por ejemplo, Japi pudo llevar a cabo solo dos Encuestas Nacionales de Juventud (ENJ 2000 y ENJ 2005), digamos seria y científicamente, la del 2010 y fue producto de una negociación política y sus datos no son confiables del todo. Sin embargo, esta fue la última, desde entonces ningún gobierno se ha interesado en tener un conocimiento más amplio y profundo sobre los jóvenes mexicanos.

Sobre todo, a partir de 1998 está el impulso a la conformación dentro de la red de investigadores en América Latina de grupos de investigación temáticos. En ese sentido considero que es la primera generación en Iberoamericana que se junta/se conecta desde varias temáticas para poder trabajar de manera colaborativa, si no comparativa, con lo que se ha ampliado y profundizado el conocimiento sobre las juventudes contemporáneas, tanto cualitativa como cuantitativamente, además de su potenciación teórica dentro de la academia. Considero que figuras como Ernesto Rodríguez, Sergio Balardini, Carlos Mario Perea son importantes en términos de los desarrollos teóricos de sus temáticas, como por su injerencia en organismos internacionales y organismos nacionales para ir cambiando la mirada sobre las juventudes y sobre su abordamiento e intervención. Y, ¿qué puedo decir del papel que tu persona, de José Manuel Valenzuela, de Rossana Reguillo, José Antonio Pérez Islas, Rogelio Marcial y otros colegas, como Alfredo Nateras, han tenido en el desarrollo de un campo intelectual que piensa desde América Latina y España a las juventudes? Sí, somos una generación importante en la forja de un pensamiento que desterró la fijación psicologista y evolucionista sobre el ser joven y la visión exclusivamente institucional/normativa del mismo. De alguna manera, revolucionamos el mapa conceptual e investigativo sobre la juventud, formamos jóvenes investigadores para nuestro relevo generacional y además estuvimos muy ligados —creo que por nuestros pasados mayoritariamente militantes— a la intervención desde instituciones nacionales e internacionales. Aún seguimos activos en la mayoría, enseñando, tutorizando y dirigiendo nuevas líneas de investigación y etcétera.

Ixtapan de la Sal fue el inicio de una generación latinoamericana y española que logró posicionarse, a lo largo de la década siguiente, en las agendas sociales y públicas, así como académicas, el tema de la juventud y creo que lo logramos.

Bibliografía

- Benedicto, J., Urteaga, M., & Rocca, D. (2022). *Young People in Complex and Unequal Societies. Doing Youth Studies in Spain and Latin America*. Brill.
- Cortés-Romero, E., Urteaga, M., & Margarita-Salazar, C. (coords.) (2015). *Juventudes contemporáneas. Visibilidad en el espacio urbano*. Uaem, Indecus, Universidad de Manizales, Colectivo H, Cinc.
- Cruz-Salazar, T., Urteaga, M., & López-Moya, M. de la Cruz (coords.) (2020). *Juventudes indígenas en México. Estudios y escenarios socioculturales*. Ecosur, Unicach, Cesmeca, Enah.
- García-Canclini, N., Cruces, F., & Urteaga, M. (coords.) (2012). *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*. Ariel, Fundación Telefónica, Uned, UAM.
- García-Canclini, N., & Urteaga, M. (coords.) (2012). *Cultura y desarrollo. Una visión crítica desde los jóvenes*. Paidós, UAM.
- Moreno, H. C., & Urteaga, M. (coords.) (2019). *Juventud, trabajo y narcotráfico. Inserción laboral de los jóvenes en organizaciones delincuenciales*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Pacheco-Ladrón de Guevara, L., Román-Pérez, R., & Urteaga, M. (coords.) (2013). *Jóvenes rurales. Viejos dilemas, nuevas realidades*. Juan Pablos Editor.
- Peña-Saint Martín, F., & Urteaga, M. (coords.) (2014). *¿Quiénes son los estudiantes de licenciatura en antropología en México?* EON Sociales, Enah, Redmifa, Red Prodep.
- Pérez-Islas, J. A., & Urteaga, M. (coords.) (2004). *Historias de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*. Instituto Mexicano de la Juventud, SEP, Archivo General de la Nación.
- Urteaga, M. (1998). *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*. Dirección de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, Causa Joven.
- Urteaga, M. (coord.) (2009). *Juventudes, culturas, identidades y tribus juveniles en el México Contemporáneo*. Suplemento Diario de Campo 56 y Diario de Campo 106, octubre – diciembre, CNCA – Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Urteaga, M. (2011). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. Universidad Autónoma Metropolitana, Juan Pablos Editor.